

Un hombre común

(Nadie que me comprenda de Patricia Carrillo)

MARIO HEREDIA*

“He nacido para ser regalo,
siempre he pertenecido a alguien
y me molestaba vagar un día entero
sin encontrar a nadie a quién
ofrecerme”.

ROBERT WALSER

Borges, en "El arte de narrar" nos dice: "no creo que los hombres se cansen nunca de oír y contar historias". Y por qué nunca nos cansamos, ¿por qué seguimos escribiendo y leyendo historias? ¿Será esa necesidad de evadir nuestra realidad? ¿O el crear y creer que puede existir un mundo mejor? Y si no mejor, ¿diferente? Podríamos pasar mucho tiempo tratando de desentrañar el por qué, pero creo que en el arte, la mayoría de las veces, se convierte en un trabajo absurdo el querer llegar a conclusiones objetivas. El hecho es que así sucede. Nos gustan las historias, nos gustan los personajes y los hacemos nuestros.

Hoy me invitaron a presentar un libro de cuentos, antes habría que tratar de explicar lo que es un cuento. Tampoco le veo el caso, y menos hoy en día. Podría cansarlos con una serie de conceptos con los que se han rebanado los sesos los más expertos cuentistas y críticos. Por ejemplo, Piglia, el gran cuentista argentino, dice que el cuento siempre cuenta dos historias. Una que está visible y otra subterránea. Podría también hablarles del anti-decálogo de Borges o hablarles sobre la teoría del Iceberg de Hemingway, donde esa historia subterránea debe emerger pero a la vez seguir sumergida en el misterio. Y así seguir con conceptos y teorías sobre un oficio que, para ser honesto, solo debe encantar al lector. Para mí una buena narración es aquella que logra precisamente encantarme, que me saca de la realidad a la que todos los seres humanos comprendemos como realidad y me sitúa en otra que también es mía y también existe.

Hay libros de gran complejidad y libros de gran sencillez. Y esto no es un valor para medir la belleza del relato ni menos su trascendencia. En esta época donde todo lo medimos, donde todo tiene que tener un valor si no monetario, aunque sea de consenso, es difícil hablar de un libro sin catalogarlo. Y ya no digamos el valor que el autor pueda o no tener como persona: "políticamente correcta". Cuando leo, por morbo, a ciertas personas en nuestras famosas redes sociales, que se espantan por una fuerte y mordaz declaración de algún escritor o periodista, me imagino qué hubiera pasado con Arthur Rimbaud o con Jean Genet escribiendo en Twitter. Pero creo que me estoy saliendo del tema y del

Mario Heredia
Escritor mexicano. Ha escrito las novelas *Las machincuepas de Silvestre y su pierna biónica* y *La Santa imagen de Lucía Méndez* entre muchos otros libros de narrativa y poesía. Ha ganado prestigiosos concursos de cuento y novela nacionales e internacionales. Radica en Guadalajara donde imparte talleres de creación literaria

m_heredia_cubillas@
hotmail.com

propósito que me tiene aquí frente a ustedes. El libro titulado *Nadie que me comprenda*.

Este es un libro sencillo, con mucho humor y no por esto superficial. Un libro con una gran carga de nostalgia. Un libro donde la autora aprovecha una serie de anécdotas de un puerto de provincia para ahondar, de manera muy sutil, en la condición humana. ¿Un homenaje a un personaje que existió? Eso no me importa. El personaje solo debe existir en el relato, por eso no me gusta mucho que en la cuarta de forros de este libro se hable de un personaje que en verdad existió. Eso a mí no me interesa. La ficción, precisamente, tiene la magia de crear un mundo en el que yo, como lector inocente, creo. Y eso es todo, ese es el gran reto del escritor, llevarme de la mano a esa otra realidad. Y en este libro se logra, y por eso me siento halagado de presentarlo. Hace poco leí algo que escribió Paul Auster sobre el oficio del escritor. Él nos dice que cuando empezamos a leer un libro el escritor se nos olvida. Y así debe ser, porque al comenzar a leer un relato o una novela, si desde el principio nos atrapa, nos olvidamos hasta de que estamos leyendo. Y con gran placer cruzamos de esta realidad a esa otra. Cómo se haya logrado es otro cantar, si fue por el manejo de la atmósfera, del ritmo, del tono, de cómo se decidió estructurar, lo analizaré en una segunda lectura.

En este caso el libro se compone de una serie de relatos que van conformando, en particular, a un personaje que será el hilo conductor junto con su ciudad. Así es como la autora intercala textos que van a servir solo de atmósfera, digamos crónicas de ese Mazatlán que subsiste solo en la memoria de quienes escucharon aquellas anécdotas, con cuentos que esconden, bajo una sutil urdimbre, el drama humano. Ciudad provinciana que esconde eso que todos los que hemos nacido en ellas conocemos: El machismo, la doble moral, la religión como método para ma-

nipular a la gente, el dinero y las voces de una sociedad que puede aceptar cualquier atrocidad mientras no se sepa. Pero esto no es lo importante, todo es eclipsado por un personaje encantador del que nos vamos adueñando poco a poco: Guillermo, el héroe de un pequeño lugar, el héroe que no defendió un país, ni creó las leyes que lo rigen, ni que inventó la locomotora o la fibra óptica. Solo un hombre, un abuelo, un padre, un amigo de cualquiera de nosotros. Y que en este caso, al ir conociéndolo, me va llenando de nostalgia. Un hombre común. He aquí el punto donde el lector se siente más identificado.

¿Estaré creando yo mi propio libro? Cuando se puede lo hago, siempre he creído que un libro es mejor mientras más porcentaje de palabras deje fuera, un libro que deja bastantes silencios para que el lector los llene con su propia historia.

El libro en su totalidad gira en torno a un personaje, Guillermo, hombre que sobrevive gracias a lo que cuentan sus familiares y amigos, gracias a esa voz que se pierde en la misma narración y nunca estorba ni distrae. Ahí está la sobrina, el amigo, la hija, la hermana, la consciencia. A veces Guillermo solo aparece en la historia como pretexto para contar la vida y obra de otros personajes, pero que al final, irónicamente, lo sustentan a él, son el pretexto para hablar de él.

Al terminar el libro, satisfecho, cierro los ojos y me llega una pregunta. ¿Es un libro de cuentos?, ¿no podría ser una novela? Vicente Leñero decía que a la novela le cabe todo. Este libro es una serie de narraciones sobre un mismo personaje, ¿Entonces? Sonrío, no cabe duda que no podemos dejar de catalogar, caigo en el mismo error que antes criticaba. Por eso olvido esa pregunta y dejo que Guillermo aparezca de nuevo y me guíe por su extraordinaria vida, la extraordinaria vida de un hombre común.